

El Espíritu presente en la vivencia de la Iglesia

EL ESPÍRITU DE DIOS SE HACE PRESENTE, EN MEDIO DE LAS AMBIGÜEDADES Y TRAICIONES DEL SER HUMANO, INVOLUCRÁNDOSE EN LOS PROCESOS DIALÉCTICOS QUE MARCAN LA HISTORIA.

DESDE EL LUGAR DE LA CONCIENCIA, NOS INTERPELA A TODOS A DARNOS CUENTA DE LO QUE DEBIERA SER LA SOCIEDAD PARA SER REALMENTE HUMANA Y FRATERNA, Y NOS IMPULSA A REACCIONAR.

ANTONIO BENTUÉ | Teólogo

 *Dios es Espíritu (Jn 4,24), de manera que donde está el Espíritu, ahí está Dios. Pero «a Dios nunca lo ha visto nadie, ni tampoco al Espíritu de Dios. Únicamente el Hijo, que es Dios y está en el seno del Padre, es quien nos lo ha revelado» (Jn 1,18; cf. 14,9-11). Es, pues, en la espiritualidad que inspiró al nazareno Jesús donde se nos muestra quién y cómo es el Espíritu invisible de Dios: ese Espíritu es quien lo «ungió» (=Cristo), impulsándolo a decidir lo que decidió en toda su vida, como consecuencia de lo cual fue condenado a muerte en cruz. Al resucitarlo, Dios ratificó su espiritualidad como la revelación del Espíritu mismo de Dios, interpeándonos así a asumir como propia esa misma espiritualidad, de manera que todo aquel que enfrente su vida en la línea en que Jesús la enfrentó y por lo cual fue condenado a muerte, tiene razón, aunque lo maten por ello. Juan expresa la muerte de Jesús con las palabras «Entregó el Espíritu» (Jn 19,30), destacando así que el Espíritu constituye a la Iglesia de Jesucristo, ya que «donde*

está el Espíritu de Dios, revelado y entregado por el 'Ungido' Jesús, ahí está la Iglesia y toda la Gracia» (Ireneo).

En la experiencia de Pentecostés, ese Espíritu de Dios, que había ungido a Jesús, abrió la Iglesia a todo el mundo, marcando su verdadero camino: «Y quedaron todos llenos del Espíritu Santo...partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia y del Ponto..., judíos y no judíos...todos los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios» (Hechos 2,1-6). ¡Le faltan casi grupos humanos! Y ese mismo Espíritu transformó de golpe a Saulo en Pablo (Hech 9,5). Luego, forzó el cambio de opinión de Pedro (Hech 10, 44-45) y el de los responsables de la Iglesia de Jerusalén. Y se hizo sentir en la experiencia de la primitiva Iglesia cuando «la multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma y nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo compartían... repartiendo a cada uno según sus necesidades» (Hech 2,45; 4, 32-35). Pero ese espíritu solidario chocaba con el del

poder, representado por el Sanedrín y por el Imperio. Y comenzó la persecución contra la Iglesia, en una larga época martirial de tres siglos, primero por parte del Sanedrín, con la muerte de Esteban (Hech 8,1-3), siguiendo luego la del Imperio romano, con el decreto emitido por Nerón (año 70) hasta la matanza ordenada por los emperadores Decio y Diocleciano (siglo II-III).

Sin embargo, llegó un momento en que el Imperio, queriendo aprovecharse de esa fuerza imparable del Espíritu en sus mártires, pervirtió el cristianismo original intentando transformarlo en una religión funcional al poder imperial. Y Teodosio promulgó el Decreto de Tesalónica el año 380, por el cual erigía al cristianismo como la religión oficial del Imperio. Así surgió la «Cristiandad», penetrando en la Iglesia la ambigüedad que ha durado hasta el día de hoy. Aun cuando el Espíritu suscitó la reacción de un grupo de cristianos que en el mismo siglo IV decidieron retirarse al desierto para vivir ahí como monjes, según las Bienaventuranzas evangélicas

(san Antonio Abad y, después, san Pacomio en Oriente y san Benito en Occidente).

A pesar de los esfuerzos de los primeros concilios ecuménicos, como los de Nicea en el año 325 y Constantinopla en 381, y luego los dos concilios cristológicos de Efeso en 431 y Calcedonia en 451, la ambigüedad introducida en el cristianismo original por el poder imperial continuó siendo la tentación constante en la Iglesia, con una forma de vida religiosa centrada en la vida confortable, con suntuosos edificios y boato ceremonial. Mientras, el mismo Espíritu de Jesús, desde dentro, seguía reclamando contra la tentación satánica, que había ya afectado a Pedro («Apártate de mí Satanás...puesto que no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres», Mt 16,23) y a los primeros discípulos («No será así entre Ustedes, sino que quien quiera ser el primero debe hacerse el último de todos», puesto que «mi Reino no es de ese mundo», Mc 10,43-45; Jn 18,36).

•
En la experiencia de Pentecostés, ese Espíritu de Dios, que había ungido a Jesús, abrió la Iglesia a todo el mundo, marcando su verdadero camino.
•

En la Edad Media (siglos IX y XI), esas luchas de «poder eclesiástico» llevaron a romper la Iglesia cristiana en dos, consumándose la ruptura entre el Patriarcado de Constantinopla y la Iglesia de Roma con su Papado. Aun así, durante los siglos XII y XIII, surgieron fuertes movimientos de renovación, con Francisco de Asís y los *poverelli*, que buscaban retornar a la pobreza evangélica, mezclados con los cátaros que criticaban con fuerza, a veces violenta, la opulencia de los obispos. Al mismo tiempo, la expansión musulmana había llegado a buena parte del mundo oriental y occidental, conquistando Jerusalén. Y el Papado convocó las cruzadas



Pentecostés,
El Greco,
1597-1600

para reconquistar los lugares santos. Pero Inocencio III prefirió dejar las cruzadas para concentrarse en guerras sangrientas contra el peligro cátaro, que amenazaba el poder eclesiástico desde el interior mismo de la Cristiandad. Para combatir mejor esa herejía, su sucesor, Gregorio IX, creó la Inquisición el año 1233, encargando su ejecución a los frailes dominicos. Sin embargo, en ese mismo período, otros frailes mendicantes, dominicos (Alberto Magno, Tomás de Aquino) y franciscanos (Buenaventura, Duns Scoto) tuvieron la capacidad de concentrarse en la elaboración de las disquisiciones teológicas conocidas como Escolástica.

En el siglo XVI, los abusos de poder por parte del Papado provocaron otra gran reacción crítica de vuelta al evangelio, iniciada por el agustino Lutero, quien protestó contra el abuso económico y teológico implicado en la asignación de indulgencias eclesiásticas, presentando las «95 tesis contra las indulgencias», en el año 1517. Y cuando el papa León X intentó parar las ansias de Reforma, excomulgando a Lutero tres años más tarde, este reaccionó rompiendo con la Iglesia católica papal, arrastrando tras de sí a la mayoría de los príncipes alemanes, con sus pueblos subalternos. Comenzó así la Reforma protestante que muy pronto caería también en la ambigüedad de las alianzas de poder con los príncipes alemanes, ahora protestantes. Europa quedó, de ese modo, dividida en dos cristiandades irreconciliables, con frecuentes enfrentamientos y proselitismos ambiguamente «evangélicos». El papa Paulo III intentó reaccionar frente a la Reforma luterana, convocando el Concilio de Trento, que se realizó en 1545. Pero ya era tarde y la ruptura de la Iglesia occidental estaba consumada.

Con el arribo de los europeos a América, llegaron también esas divisiones al nuevo Continente, con sus respectivos poderes eclesiásticos y políticos. Y esa ambigüedad afectó profundamente a las misiones cristianas de América, provocando el trágico desencuentro con las culturas indígenas autóctonas. Los «conquistadores cristianos» llegaron incluso

• *La irrupción del Espíritu se hizo más clara en el grito del papa Francisco clamando por el respeto a la casa común, que es la madre tierra, y la convocatoria al Sínodo sobre la Amazonia.*

•

a justificar su terrible expoliación con burdas legitimaciones político-religiosas, como la plasmada en el Decreto de Yucay, que legitimaba la conquista de América como el premio que el mismo Dios había otorgado a los Reyes Católicos por haber expulsado de la península española a los infieles musulmanes, en el mismo año 1492 en que Colón llegó a América. Sin embargo, el Espíritu seguía actuando en los genuinos esfuerzos evangélicos por parte de algunos misioneros, como Fray Luis de Montecinos en Cuba, Bartolomé de las Casas en México y Fray Alonso de Córdova en Paraguay; pero el papado no los apoyó, resultando finalmente frustrados por los intereses de poder y sus engañosas legitimaciones.

Con el Enciclopedismo francés (siglo XVIII), comenzó a agudizarse la ruptura del mundo moderno con la fe cristiana, derivando en el Positivismo del siglo XIX. Pío IX intentó frenar el peligro, anatematizando a quienes compartieran alguna de las ochenta afirmaciones de la modernidad secularizada, enumeradas en la famosa encíclica del *Syllabus* (1864), que termina así: «Sea anatema si alguien dice que el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y dialogar con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna» (anatema 80). Frente a la crítica marxista de la religión como «opio del pueblo», el papa León XIII, con su encíclica *Rerum Novarum* (1891), intentó auscultar lo que el Espíritu indicaba en los movimientos reivindicativos de la justicia social. Motivando también en Chile la obra solidaria emprendida por el



© Cria Bouroncle AFP

padre Alberto Hurtado, con la fundación del Hogar de Cristo. Pero vino luego el papado de Pío X, quien retomó la línea dura emprendida por Pío IX, y condenó de nuevo todo intento de diálogo entre la teología católica y la modernidad, con la encíclica *Pascendi* (1907). En ella, los «teólogos dialogantes» fueron tildados como «modernistas» incompatibles con la fe católica. Bajo esa sospecha, cayeron, entre otros, los dominicos de la Escuela Bíblica de Jerusalén, iniciada por el P. Lagrange, cuya labor buscaba una hermenéutica de la Biblia que asumiera las nuevas evidencias aportadas por la ciencia moderna.

Sería más tarde, durante el largo papado de Pío XII (1939-1958), cuando el Espíritu hizo posibles algunos avances en los estudios bíblicos con la encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943), dando un espaldarazo a esos «valientes operarios»



exégetas: «Tengan presente todos los hijos de la Iglesia que los conatos de esos valientes operarios de la viña del Señor deben juzgarlos no solo con justicia y ecuanimidad, sino también con suma caridad, y deben estar muy lejos de ese poco prudente espíritu que juzga que hay que rechazar todo lo nuevo por ser nuevo o tenerlo a lo menos por sospechoso...» (*Div. Af. Spiritu*, 25). Sin embargo, poco después, ese mismo Papa, con su nueva encíclica *Humani Generis* (1950), cerró las puertas a todo intento de teología dogmática que pretendiera dialogar con el carácter evolutivo de la cultura moderna. Y la condena cayó ahora sobre grandes teólogos dominicos, como Ives Congar, y los intentos de una «Nouvelle Théologie», así como los trabajos del jesuita Teilhard de Chardin, prohibiendo también el movimiento social de curas obreros surgido en Francia.

Tras la muerte de Pío XII, la dificultad de encontrar a un candidato papal hizo paradójicamente posible la elección de Juan XXIII, el «Papa bueno», que se suponía de transición. Y la irrupción del Espíritu en la Iglesia se hizo más evidente cuando él convocó el Concilio Vaticano II, reuniendo en Roma, durante los años 1963-1965, a todos los obispos del mundo católico, con invitados de las iglesias ortodoxa y protestantes. Y el Magisterio Supremo conciliar culminó retomando el verdadero sentido de la Iglesia de Jesús, como «Pueblo de Dios» al servicio del cual están los «Pastores-obispos», incluido el Papa, obispo de Roma. Al mismo tiempo, enseñó que la mayoría de ese Pueblo de Dios son los laicos, quienes participan del mismo Espíritu de Jesús por el sacramento fundamental, que es el Bautismo. El Orden es un sacramento de servicio y no de poder (*Lumen Gentium* caps. 3 y 4). Pero el mayor impacto de esa irrupción del Espíritu lo representó la constitución *Gaudium et Spes*, sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo moderno, cuyos aportes constituyen verdaderos signos de los tiempos que «la Iglesia debe escrutar a fondo e interpretarlos a la luz del Evangelio, acomodándose a cada generación» (GS 4; cf. nn.11 y 44). El Espíritu de Dios, que constituye a la Iglesia, es el mismo Espíritu de Pentecostés que rompe los sectarismos. Participan también de él, pues, «todos los *hombres de buena voluntad, en cuyo corazón actúa la Gracia de una manera invisible*» (GS 22). *De manera que, donde haya buena voluntad*, ahí está presente el Espíritu de Dios con su Gracia, aun cuando no haya la visibilidad sacramental.

•

Juan XXIII, el «Papa bueno», se suponía de transición. Y la irrupción del Espíritu en la Iglesia se hizo más evidente cuando él convocó el Concilio Vaticano II.

•

Terminado el Concilio, y para su aplicación, los obispos de América latina vieron necesario convocar el Sínodo de Medellín (1968), centrando su Magisterio episcopal en la atención a los principales signos de los tiempos que acontecían en el continente con los movimientos sociales de liberación. Y fueron capaces de descubrir en ellos la presencia indicativa del Espíritu que los interpelaba a sumarse, como Iglesia, al movimiento hacia el cambio. Pues si el Espíritu interpelaba al cambio social, estaba indicando que el *statu quo* de injusticia vigente era contraria a la voluntad del Espíritu y, por lo mismo, constituía una situación de pecado social, frente al cual el Espíritu llamaba a la conversión social. De ahí surgió el Magisterio y la «teología de la liberación» con la «opción por los pobres». Y surgieron también las Comunidades Eclesiales de Base, diseminadas a lo largo de los diversos países del subcontinente.

En los años setenta y ochenta, la presencia del Espíritu se hizo «visible», con especial fuerza, en la capacidad martirial

de muchos cristianos en apoyo a los perseguidos por las dictaduras instaladas en América latina. Y surgieron líderes animadores de la fidelidad a ese espíritu solidario, con obispos como Helder Camara y el cardenal Arns en Brasil, o Leónidas Proaño en Ecuador, así como obispos chilenos notables, como Fernando Ariztía y Enrique Alvear, que apoyaron con fuerza a las comunidades laicales de base, junto a sus sacerdotes y religiosas. Es el período de la Vicaría de la Solidaridad, promovida por el cardenal Raúl Silva Henríquez, con muchas personas a quienes el Espíritu, en forma explícita en su fe o implícita en su convicción, impulsó a actuar contra la injusticia y los abusos de poder. Surgió también así el movimiento Sebastián Acevedo, iniciado por el jesuita Pepe Aldunate y Mariano Puga, junto a un grupo notable de cristianos que se jugaban la vida dando testimonio de fidelidad al Espíritu de Jesús, al reclamar por los detenidos y desaparecidos en lugares de tortura.

UNA IGLESIA DEL PUEBLO DE DIOS

Una vez recuperada la democracia formal en la mayoría de los países del continente, siguieron años grises para la Iglesia. Con nombramientos episcopales ajenos al espíritu de Medellín (1968) y de Puebla (1979), los creyentes fueron encerrándose en sus parroquias. Con discursos clericales y pastorales sacramentalizadores, se ofuscó el impulso del *kerigma* evangélico original de «puertas afuera», que había caracterizado a la Iglesia surgida del Concilio. Y tendió a construirse una Iglesia aburguesada, con nuevos obispos y sacerdotes ajenos a la opción por los pobres y aliados con el mundo de los poderosos. Situación que resultó un caldo de cultivo para los abusos sexuales y de poder, cometidos o encubiertos por muchos eclesiásticos. Sin embargo, y como un signo de los tiempos invertido, ese mismo escándalo le sirvió al Espíritu para hacerse sentir, suscitando en muchos cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos profundas tomas de conciencia que los movieron a reaccionar, para vol-

- ***Una vez recuperada la democracia en la mayoría de los países del continente, siguieron años grises para la Iglesia. Con nombramientos episcopales ajenos al espíritu de Medellín (1968) y de Puebla (1979), los creyentes fueron encerrándose en sus parroquias.***

ver nuevamente la vista y el corazón al Evangelio y construir una nueva Iglesia de Pueblo de Dios, mayoritariamente pobre y desvinculada del poder. Así, el Espíritu se fue haciendo más y más presente con los movimientos imparables de una ciudadanía consciente de su dignidad. Y su irrupción se hizo más clara en el grito del papa Francisco clamando por el respeto a la casa común, que es la madre tierra (encíclica *Laudato Si'*, 2015), y la convocatoria al Sínodo sobre la Amazonia (2019) para apoyar decididamente a los indígenas de esas enormes zonas, que reclaman y luchan por sus derechos a vivir, con Trabajo y Techo, en su propia Tierra.

Y de nuevo el Espíritu se ha hecho presente en los signos de los tiempos. Fue así como el pasado 18 de octubre «Chile despertó», iniciándose un poderoso movimiento juvenil, secundado rápidamente por buena parte de la ciudadanía que, a pesar de sus instancias de violencia y desmanes incontrolados, mostraba esa presencia del Espíritu, en medio de situaciones de nueva dialéctica histórica tendiente a un cambio social que permita superar el porfiado *statu quo* injusto en el que estamos inmersos.

Pero, en medio de ese despertar de Chile, irrumpió de golpe, y en forma arrasadora, la pandemia del coronavirus, como un potente llamado surgido dramáticamente de la misma naturaleza, que permita al ser humano tomar conciencia de su fragilidad y de los abusos

inhumanos inherentes a la globalización socioeconómica. Mezclándose a esos virus invisibles, el Espíritu de Dios se las sigue arreglando para suscitar nuevas tomas de conciencia capaces de reaccionar frente a unos sistemas de salud discriminatorios y abusivos, con poblaciones enteras incapaces de guardar cuarentenas por falta de espacio mínimo en sus viviendas, así como la imposibilidad de sobrevivir con un sistema económico basado en la explotación del trabajo en plena pandemia, viéndose obligada la gente a ir al trabajo, frente a la terrible alternativa de o morir de hambre o arriesgarse a viajar hacinados al trabajo con el riesgo de contagio. Y es en medio de ese desastre que el Espíritu se hace también presente en la historia humana, interpelando nuestra conciencia para que despertemos del silencio cómplice ante la situación abusiva y decidamos cambiar este sistema «diciéndole *No* a la economía de la exclusión y la inequidad. Pues esta economía mata» (*Evangelii gaudium* 53).

CONCLUSIÓN

Es así como el Espíritu de Dios se hace presente, en medio de las ambigüedades y traiciones del ser humano, involucrándose en los procesos dialécticos que marcan la historia humana. Su lugar es la conciencia honesta de cada persona, ya que «el Reino de Dios está *dentro* de Ustedes» (Lc 17,21). Desde ahí interpela a todo ser humano a darse cuenta de lo que debiera ser la sociedad para ser realmente humana y fraterna. Y lo impulsa a reaccionar. De esta manera, la conciencia se convierte en una profunda experiencia de luz y de coraje para decidir libremente con fidelidad al Espíritu que se hace ahí presente. Al Espíritu de Dios no lo ha visto nunca nadie. Sin embargo, a la luz de la espiritualidad que animó a Jesús de Nazaret, y por cuya fidelidad entregó su vida, la fe nos permite descubrirlo en el ejercicio honesto de la propia conciencia que nos impulsa a luchar por una sociedad auténticamente fraterna y solidaria. Y el Espíritu de Dios está ahí, dando a esa lucha su Trascendencia más profunda (Rm 8,26-27). **MSJ**